

cia, no imaginándose que sus dos brillantes divisiones que habian vencido á los ejércitos rusos, pudieran estrellarse contra fanáticos campesinos que no sabian sino huir, cuando no encontraban algun desfiladero ó alguna casa en que poder combatir en seguro; pero no tardó en desengañarse. Como tenia que guardar mas de cien leguas de costas, desde el cabo Ortegál hasta el desembocadero del Miño; que defender puntos como el Ferrol y la Coruña; que interceptar las comunicaciones de los ingleses con los habitantes; y que contener centros de poblacion tales como Santiago de Compostela, Vigo, Tuy y Orense, se habia visto obligado á bajar con todo su cuerpo de ejército sobre el litoral, abandonar de consiguiente sus comunicaciones con Castilla la Vieja, y hasta á pedir socorro, lejos de poder, como se creyó en un principio, dominar por sí solo todo el Norte de España. De seguro no se hubiera pensado tal cosa de un cuerpo tan agnerrido y tan bien mandado; y no fué por falta de habilidad ó de energia, sino porque se habian aumentado las dificultades hasta lo infinito en torno suyo.

Habiendo el mariscal Soult tropezado de paso con el cuerpo de La Romana sin cuidarse de lo que le sucederia, esté cuerpo, como hemos dicho, atravesó el país comprendido entre Galicia y Leon, sorprendió á un batallon francés que se habia dejado en Villafranca, y sublevó las poblaciones, admiradas de verle allí y entusiasmadas con la noticia de la guerra de Austria. El marqués de la Romana penetró al fin en Asturias, provincia que el general Bonnet no podia contener con dos regimientos, y para hacer frente á estas dificultades, se habia vis-

to obligado el mariscal Ney á correr de acá para allá, y á combatir donde quiera, no encontrando en parte alguna rebeldes, por muy fanáticos que fueran, que resistiesen á su terrible impetuosidad, pero viéndolos aparecer á retaguardia así que habia conseguido batirlos al frente. De este modo, mientras que enviaba el general Mauricio Mathieu hacia Mondoñedo para que se las hubiera con los asturianos, se veia obligado á dirigir el general Marchand sobre Santiago de Compostela para destruir mil quinientos insurgentes que acababan de situarse allí. En seguida fué preciso correr hacia los puertos de Villagarcía y Carriñ, y reducirlos á cenizas para alejar de ellos á los ingleses. Luego, al saber que los insurrectos portugueses tenian sitiado el deposito de artillería que el mariscal Soult dejó en Tuy, acudió allí, y tuvo que dar encarnizados combates para levantar el bloqueo, lo cual se verificó en el mismo momento que el general Heudelet se preparaba á marchar á aquellos puntos. En esos diferentes encuentros, el mariscal Ney mató mas de seis mil españoles y se apoderó de veinte y dos piezas de artillería y una inmensa cantidad de material procedente de Inglaterra, sin apaciguar no obstante, de un modo sensible á la poblacion. Empero lo mas extraordinario es, que el mariscal Ney, a pesar de estar situado en el camino que llevaba el mariscal Soult, no habia recibido noticias suyas sino por conducto de la columna que envió á Tuy, la cual se encontró allí con la del general Heudelet, y supo que hasta el dia 29 de marzo no se habia podido penetrar en Oporto, habiendo tenido que recurrir para ello á medios de rigor. En cuanto al mismo mariscal Ney, nada se sabia en Madrid

de los combates que estaba sosteniendo, sino que luchaba enérgicamente contra los insurrectos, y no podía, habiéndolos y todo, asegurar sus comunicaciones con Castilla la Vieja.

Así, pues, a pesar de las victorias alcanzadas por nuestras armas en Medellín y Ciudad Real, no tardó en ir á contristar á Madrid la aparición de una multitud de partidas en el Norte de España, la detención de los correos en todos los caminos, la absoluta imposibilidad de adquirir noticias de los mariscales Soult y Ney, y en fin, la certeza de estar cortada toda comunicación con ellos. El movimiento del general Lapisse, quien había dejado á Salamanca, atravesado á Alcantara, pasado el Tajo y reunido se con el mariscal Victor, siempre peleando, favoreció mas y mas á los insurrectos de Castilla la Vieja, que no tenían quien se les opusiera. Así el general Kellermann, que estaba encargado del mando de aquella provincia, se apresuró á escribir á Madrid que todo el Norte se les iba á escapar de entre las manos á los franceses, si no se obraba con vigor contra las partidas que se presentaban por doquier. Aunque el mariscal Victor se había reforzado con la llegada del general Lapisse, no estábamos en el caso, siendo tan alarmante la situación del Norte de España, cuando no se sabía lo que le había sucedido al mariscal Soult, y se ignoraba si podría ó no podría penetrar hasta Lisboa, de llevar hacia el Sur los ejércitos de Estremadura y la Mancha, y aumentar la dificultad de las comunicaciones con la estension de terreno ocupado. Se resolvió, pues, antes de seguir poniendo en ejecución el plan que había trazado Napoleon, esperar á que se apaciguaran las provincias sep-

tentrionales, y hubiera noticias del mariscal Soult.

Al rey José y al mariscal Jourdan se les ocurrió una idea muy oportuna, enviar el mariscal Mortier de las cercanías de Logroño donde Napoleon le había situado en sus instrucciones, á Valladolid, para que restableciera allí las comunicaciones con el mariscal Ney, y socorriera en caso de necesidad al mariscal Soult, si este último se encontraba en situación apurada, como se empezaba á temer. Nada mas exacto que semejante combinación, puesto que Napoleon mismo mandaba desde el fondo de Alemania se ejecutase, al recibir pliegos de España; pero mientras no se supiera allende los Pirineos su voluntad, concebida y expresada en el Danubio, como al mariscal Mortier se le había mandado permaneciese en Logroño, no podía cargar con la responsabilidad de desobedecer, y no se atrevió á hacerlo. Tales son los inconvenientes que produce el dirigir operaciones militares de sobrado lejos. El rey José escribió al mariscal Mortier ordenándole se trasladase á Valladolid, y éste mariscal se vió sumamente apurado entre las órdenes de París y las de Madrid. No obstante, por vía de transacción, consintió en trasladarse á Burgos; pero esto no bastaba para reprimir á los insurrectos del Norte, y abrir las comunicaciones con los mariscales Ney y Soult. Se desmembró del ejército de Aragon, en clase de préstamo, dos regimientos, sin los cuales se creía podía pasarse desde la toma de Zaragoza, y se les envió al general Kellermann; se sacó de Segovia y de los puestos fortificados inmediatos un batallón polaco y otro alemán, á los cuales fueron á reemplazar tropas de la guarnición de Madrid; se agregó algunos otros des-

tacamentos de la guarnición de Burgos, y con todo ello se formó al general Kellermann un cuerpo de siete á ocho mil hombres, para que se dirigiese sobre Galicia, á fin de restablecer las comunicaciones interrumpidas en las provincias del Norte.

Hasta el 27 de abril no se acabó de reunir todas estas fuerzas, y el general Kellermann no llegó á Lugo hasta el 2 de mayo, despues de haberse tiroteado por todo el camino con los paisanos de los contornos. En la espresada ciudad encontró al general Mauricio Mathieu, que se hallaba allí de orden del mariscal Ney para abrir las comunicaciones con Castilla la Vieja. Ambos generales conocieron que el mal provenia mas que nada de haber penetrado, unos en Portugal, y otros en la vertiente marítima de Galicia, sin haber destruido antes al marqués de La Romana: convinieron, pues, en perseguirle en Asturias, y tratar de destruirle allí, lo cual proporcionaria dos resultados, pacificar aquella comarca, y hacer que desapareciera el autor de todas las agitaciones en el Norte de España. Adoptado este pensamiento, se convino en que el mariscal Ney marcharía á Asturias por el camino de Lugo á Oviedo, y el general Kellermann por el de Leon, con lo cual era de esperar que cogido el marqués de La Romana por dos direcciones diferentes, se lograra envolverle. Los dos cuerpos se separaron en seguida sinceramente resueltos á coadyuvar cada uno por su parte lo mejor que supieran y pudieran al éxito de su mismo intento.

Todo el mes de abril habia trascurrido, pues, obrando los nuestros á tientas, merced á la incertidumbre que reinaba en Madrid acerca de la suerte del mariscal Soult, y tambien por no poder

dirigir con libertad y segun las necesidades del momento, los generales franceses que operaban en España. No sabiendo la corte qué habia sido del mariscal Soult, no se atrevia á enviar sobre Badajoz y Sevilla el cuerpo del mariscal Victor, y como no disponia completamente de los generales, no podia dirigir el mariscal Mortier á retaguardia de los mariscales Soult y Ney. Habíase perdido, de consiguiente, el mes mas importante del año, el en que se hubiera podido conseguir los resultados mas decisivos contra los españoles y los ingleses. La única operacion que se habia ejecutado durante ese tiempo precioso por la parte de Estremadura, fué traer el cuerpo del mariscal Victor de Medellin hácia Alcantara, para arrojar de esta poblacion á los insurgentes españoles y portugueses, que se habian apoderado de ella. El rey José y el mariscal Jourdan, quisieron al principio oponerse al movimiento retrogrado del mariscal Victor, temiendo el mal efecto que iba á causar en Andalucía; pero se decidieron á dejar que lo ejecutara, mediante á haber noticiado un espía procedente de Oporto que la situacion del mariscal Soult no podia ser mas crítica, y que los ingleses habian desembarcado en Lisboa. La posibilidad de que por aquella parte habian ocurrido sucesos funestos, hacia indispensable estuviésemos en posesion de Alcantara, pues por el Tajo y la espresada villa era por donde se podia ir mas directamente á socorrer el ejército de Portugal. Recobramos, de consiguiente, á Alcantara, los insurgentes fueron pasados á cuchillo, é inmediatamente despues regresó el mariscal Victor por Almaráz hácia Trujillo, á fin de impedir volviera á ocupar Gregorio

de la Cuesta las posiciones de que se le habia arrojado al marchar sobre Medellín.

Las noticias indirectas que se habian recibido de Oporto eran demasiado fundadas desgraciadamente. Con efecto, la posicion del mariscal Sout en aquella ciudad se habia agravado mucho durante el mes de abril por culpa de los sucesos, y tambien de las personas (1). Apenas entró en Oporto, pensó el mariscal en establecerse allí sólidamente, creyendo haber hecho lo bastante con llegar hasta el Duero, y dejando que las circunstancias se encargaran de decidir si retrocederia, ó si al contrario llevaria mas lejos sus conquistas. Entre todos los partidos que podia tomar este era el mas peligroso; pues permanecer en Oporto sin un proyecto determinado, debia evidentemente producir desastres. Solo con estar, cuando no tenia sino veinte y tantos mil hombres, en medio de un

(1) En la historia de nuestras guerras no hay sucesos tan tristes, oscuros y lamentables para nuestras armas como los que vamos á contar. Siendo preciso que el historiador sincero tenga valor para decir verdades penosas, me he rodeado de los datos mas auténticos, y no he hecho caso de cuanto no está completamente probado. Ademas de las Memorias verídicas é imparciales del mariscal Jourdan, manuscritas todavia, he consultado largamente la correspondencia intima del ministro de la Guerra con Napoleon. Este ministro vió, interrogó, hasta envió á Schönbrunn gran número de oficiales que habian presenciado los sucesos de España, y en su correspondencia casi ordinaria no cesó de contar al emperador cuanto sabia. He dejado á un lado lo que me ha parecido aventurado ó injurioso, para adoptar únicamente lo que tengo por exacto. Los tribunales, que conocieron de parte de los hechos, me han suministrado tambien luz, y la

país insurreccionado, en que habia llegado al último grado de violencia el odio popular contra los franceses, se corria grave riesgo. No obstante, con un ejército tan valiente y con oficiales tan brillantes, era posible mantenerse en el Norte de Portugal; pero existian aun en Lisboa diez y siete ó diez y ocho mil ingleses, y todo anunciaba se aumentarían pronto en un doble con las tropas que iba a enviar Inglaterra. Con tales condiciones defenderse detrás de la linea del Duero contra un ejército regular situado á la parte opuesta de esa linea, y contra un ejército de insurgentes situado á la parte de aca, era casi impracticable, como lo demostraban dos sucesos recientes. La corta guarnicion que se habia dejado en Chaves para custodiar nuestros heridos, cayó en poder de los portugueses, y el depósito que quedó en Tuy hubiera corrido igual suerte, si la division Heudellet, destacada de Braga, y el mariscal Ney, procedente de Galicia, no lo hubieran libertado del bloqueo: sin embargo, parte de ese mismo de-

correspondencia del duque de Wellington publicada despues, me ha proporcionado por su parte pormenores muy importantes. En fin, he tenido en mi poder los papeles de los mariscales que se pusieron en pugna en aquella campaña, y los he utilizado con la mayor reserva, no queriendo juzgarlos sino con arreglo á lo que dicen unos de otros. Con el auxilio de todos estos materiales, he compuesto la narracion que se va á leer, narracion que creo justa, y en la que quizá hubiera creído debia ser mas severo, si no hubiese querido continuar siendo fiel á mis sistemas de justicia histórica, tranquila, igual para todos, indulgente por lo regular, y severa solo cuando por una necesidad evidente es un deber para el historiador.

pósito, que envió á Vigo, fué apresado. Y no se crea eran puestos militares insignificantes los que sufrieron esos contratiempos, pues el depósito de Tuy, que habia ido recibiendo refuerzos, ascendía á cuatro mil quinientos hombres, y el que fué hecho prisionero en Vigo tenia mil trescientos.

Eran, pues, de temer á un mismo tiempo el ejército inglés, que no podia menos de trasladarse bien pronto del Tajo al Duero, y los fanáticos insurgentes que á millares cruzaban, á retaguardia nuestra, del Duero al Miño. Lo que es socorros, no habia que esperarlos en manera alguna, porque el cuerpo del mariscal Ney estaba ocupado en Galicia, y en cuanto á los ejércitos que hubieran podido ir del centro, es decir, de Madrid, por Alcantara ó Badajoz, las instrucciones de Napoleon previan el caso en que, dueño el mariscal Soult de Lisboa, fuese llamado á ayudar al mariscal Victor en Sevilla; pero no la hipótesis, imposible por lo demás de realizar, de que dueño el mariscal de Sevilla, debería ir á socorrer á Lisboa. Era por lo tanto sumamente peligroso permanecer en Oporto en medio de miles de insurgentes que corrían en todas direcciones, y en presencia de un ejército inglés dispuesto á tomar la ofensiva, no teniendo contra tantos enemigos ninguna esperanza de ser socorridos, y precisaba retroceder sin tardanza abiertamente hasta el Miño, ó subir por Braganza hácia Castilla la Vieja, á fin de ir á buscar apoyo en la masa principal de los ejércitos franceses que operaban en el centro de España, poner de este modo entre nosotros y los ingleses espacios difíciles de atravesar, y reser-

varnos para lo sucesivo la alternativa, ó de ser útiles en España, ó de volver á presentarnos en Portugal con fuerzas suficientes para mantenernos allí. Con los ingleses sobre todo, era menester obrar de manera que no volviéramos á sufrir una derrota, ni aun á sostener siquiera una acción dudosa (1). Empero para retroceder á tiempo se necesitaba tanta resolución como para avanzar decididamente, y en la guerra lo mismo que en lo demás este es un privilegio concedido á los hombres dotados de temple de alma y de espíritu previsor.

Una vez en Oporto, no atreviéndose el mariscal Soult ni á marchar hácia Lisboa, que guardaban los ingleses con diez y ocho mil hombres, ni á faltar á los mandatos de Napoleon, que habia ordenado la conquista de Portugal, se contentó con permanecer donde se hallaba, abandonando á la suerte el arreglo de su conducta ulterior. Fatales ilusiones que circunstancias enteramente locales engendraron en su ánimo, contribuyeron también á engañarle, y hacerle perder un tiempo precioso. Ya hemos visto que envió al general Heudelet á Tuy para levantar el bloqueo de su depósito, dejó un destacamento en Braga para custodia de esta ciudad importante, y distribuyó hácia la izquierda puestos militares considerables ya en Amarante, para asegurar los caminos de Chaves y de Braganza, y obtener con esto dos resultados, sujetar al país y ocupar las comunicaciones.

(1) Este modo de juzgar no es mío, sino del mariscal Jourdan y de Napoleon, quien lo expresó en Schönbrunn en una correspondencia muy minuciosa.

En Amarante, que se hallaba situado sobre el Tamega, situó algunos miles de hombres á las órdenes del general Loison. Estas medidas, aunque insuficientes, eran muy acertadas, y produjeron en el país sujeto á un mismo tiempo por todas partes, un corto intervalo, no de sumision sino de inmovilidad.

Cuando los franceses se establecieron en Oporto, se manifestó en una parte de la poblacion una disposicion que ya se habia revelado mas de una vez, y que en un momento de calma se dió mas á conocer. La clase, no diremos ilustrada, pero si acomodada, amiga de la paz y del reposo, tenia horror al populacho violento que se habia desencadenado, y cuya existencia era insoportable á cuantos tuviesen algun sentimiento de humanidad y fuesen de tranquilas costumbres. Dicha clase no se formaba ilusiones acerca del celo que los ingleses preconizaban respecto á Portugal, pues veia harto bien que dominando su comercio durante la paz, y queriendo durante la guerra convertirla en campo de batalla suyo, no pensaban sino en utilizarse por cuenta propia, lo cual probaban por lo demas muy á las claras dando suelta á una multitud feroz que á ellos les prestaba servicios, y era motivo de espanto para todos los hombres de bien. Por lo mismo, sin querer bien á los franceses, que á sus ojos siempre eran extranjeros, se hallaba dispuesta, en la necesidad de optar entre ellos y los ingleses, á preferirlos como el menor de dos males, como término á la guerra, como esperanza de un régimen mas liberal que el que habia habido en Portugal durante siglos. En cuanto á la casa de Braganza, la clase de que hablamos tendia á considerarla,

desde que el regente huyó al Brasil, como un nombre vano del que se servian los ingleses para trastornar el país completamente.

La presencia del mariscal Soult y sus benévolas declaraciones, confirmaron mas y mas en sus pacificas inclinaciones á la gente sensata. Sobre todo en Oporto, ciudad rica, comercial, menos espuesta que la de Lisboa á la antigua influencia de corte, y que se ocupaba mucho de sus intereses, se manifestaron con mas evidencia las disposiciones que acabamos de describir, á pesar del obispo patriota y fanático que dominaba al pueblo bajo. La clase media correspondió con una especie de satisfaccion á las conciliadoras palabras del mariscal Soult, y dió á entender estaba resuelta á permanecer tranquila, si cumplia sus promesas, si mantenía una buena disciplina entre sus soldados, si reprimia al populacho y proporcionaba la libertad de poder dedicarse cada cual á sus negocios. Entre esos hombres resignados que se sometian á los franceses por tener tranquilidad, mostrabanse singularmente solícitos los judíos, numerosísimos, activos y muy ricos en todas partes, pero sobre todo en los países poco civilizados, donde se les abandona el comercio por no saber hacerlo. Contábanse en Portugal mas de doscientos mil, que vivian bajo una dura opresion, y estaban muy satisfechos porque vislumbraban bajo el dominio de los franceses una igualdad civil que les parecia la forma de gobierno mas apetecible. Despues de entrar en relaciones con las autoridades francesas para proveer de viveres al ejército y recaudar las contribuciones, hicieron á poco proposiciones políticas sobre el modo de establecer en Portugal un gobierno regular.

Varios comerciantes del país se unieron á ellos, y dejaron conocer convendría mucho á la provincia de Oporto la idea de fundar un reino aparte, un reino de la Lusitania Septentrional, como lo arregló en un tratado Napoleón en octubre de 1807, cuando España y Francia se repartieron el Portugal. Esos comerciantes declararon que semejante resolución, anunciada públicamente, y acompañada de una administración justa y moderada, haría se considerase á los franceses, no como invasores que devoran corriendo los países por donde pasan, sino como amigos que tratan con miramiento una comarca en que quieren permanecer, estableciéndose de un modo duradero. A Napoleón le tocaba designar cuanto antes pudiera el príncipe francés que había de ceñirse aquella nueva corona: corona de Oporto entonces, de Oporto y Lisboa quizá mas tarde. Empero como las circunstancias urgían, ¿no se podía caminar tan aprisa como ellas? Puesto que se vivía en un tiempo en que de generales se pasaba á reyes, ¿no era cosa muy sencilla convertir al lugarteniente de Napoleón en rey de la Lusitania Septentrional? Si este pensamiento fué sugerido por la camarilla militar del mariscal á los officiosos que le servían de mediadores, ó bien lo fué por estas mismas personas officiosas á los amigos del mariscal, cosa es que no podemos decir, siendo un punto acerca del que variaron mucho los asertos, cuando esta singular aventura con todos sus pormenores fué sometida despues al fallo de Napoleón. Sea lo que fueré, lo cierto es que la idea de nombrar al mariscal Soult rey de Portugal, no tardó en esparcirse en Oporto y las poblaciones de la provincia de Entre-Duero y Miño, teniéndola

por bastante ridicula los hombres sensatos, y acogióndola con insultantes bromas el ejército, pero siendo acepta para los comerciantes que buscaban un protector, para los judíos que querían un representante de la igualdad civil, y para esos militares intrigantes que siempre adulan á los generales en jefe, y son sin embargo sus enemigos mas peligrosos.

Estos últimos fingían considerar aquella combinación como una idea muy profunda, pues según decían, serviría para atraerse á los portugueses, separándolos de los ingleses y de la casa de Braganza. Había una circunstancia que los animaba más que nada á acometer la empresa atrevida, ya que no de nombrar un rey, de preparar lo sin la expresa voluntad de Napoleón, cual era lo distante que se hallaba el emperador, trasportado en aquel momento á las márgenes del Danubio, á un extremo del continente, y engolfado en sucesos cuyo resultado no se sabía. Escitadas todas las ambiciones con su ejemplo, emancipadas también con la distancia, abríanse paso, y no faltaban hombres de ánimo cansado que se decían á sí propios era al fin preciso pensar en su suerte, y puesto que estaban condenados á prodigar su vida en un extremo del mundo para engrandecer á una familia insaciable, aprovechar la ocasión que se les presentaba de establecerse bien donde se hallaban entonces. Tal vez le parecería mal á Napoleón; pero todos los días se sabía por esperiencia cuanto iba disminuyendo su poderío desde el Rin hasta los Pirineos, y desde los Pirineos hasta el Tajo; y por otra parte necesitaba de tal modo á los que enviaba tan lejos á conquistar reinos, que bien podían retener algo

de lo que iban á conquistar para él; esto sin contar la probabilidad bastante verosímil de guardar, si él moria ó quedaba vencido en el Danubio, lo que hubieran tomado en las orillas del Duero ó del Tajo.

No todos sin duda iban tan lejos por este camino, pero habia hombres de animo muy temerario, y estos últimos turbaron hasta tal punto el juicio al mariscal que consintió en esparcir una circular estraña, destinada á los generales que mandaban division, en la que contando lo que pasaba, la oferta dirigida al mariscal de tomar rey ó en la familia de Napoleon, ó entre los personajes que él eligiera, se añadía que la poblacion de Oporto, Braga y varias villas inmediatas habian rogado al mariscal Soult se revistiese de los atributos de la soberania, y ejerciera la autoridad real hasta que contestara Napoleon; que entre tanto juraba serle fiel y defenderle contra toda clase de enemigos, ingleses, insurgentes ó cualesquiera otros que se opusiesen al acto espontáneo que solicitaba de él. En la circular se invitaba á los generales á hacer que las poblaciones situadas bajo su mando formularsen el mismo voto (1).

(1) He aqui el testo mismo de la circular.

*El general Ricard, gefe de estado mayor del segundo cuerpo de ejército en España, al general de division, Quesnel.*

«Oporto, 19 de abril de 1809.

«Mi general:

«Señor:

«S. E. el mariscal duque de Dalmacia me encarga os

Aunque esta circular era en cierto modo confidencial, no podia permanecer oculta: dió, pues, que reir á unos, ofendió á otros y alarmó á los mejores. Burlaronse del mariscal, cuya reserva,

escriba para daros á conocer las disposiciones que abriga la gran mayoría de habitantes de la provincia del Miño.

«La ciudad de Braga, que fué una de las primeras que se lanzó á la insurreccion, ha sido tambien la primera en pronunciarse en favor de un cambio de sistema que asegure para lo sucesivo el reposo y tranquilidad de las familias y la independencía de Portugal. El corregidor que S. E. habia nombrado, se retiró á Oporto cuando salieron de alli las tropas francesas por temor de que los numerosos emisarios que enviaba Silveira no escitasen nuevos motines y atentaran á su vida; pero los habitantes manifestaron deseo de que se les devolviese ese digno magistrado, y con este fin enviaron una diputacion á S. E. prendiendo mientras tanto á los emisarios de Silveira.

«En Oporto y en Barcelos han manifestado los habitantes iguales sentimientos, y todos conocen la necesidad de tener un apoyo á cuyo sombra puedan acogerse los ciudadanos bien intencionados, para la defensa y salvacion de la patria, y para mirar por las propiedades. Con este motivo se han presentado á S. E. nuestras diputaciones suplicándole apruebe que el pueblo de la provincia del Miño manifieste de un modo auténtico el voto que forma por el destronamiento de la casa de Braganza, y que al mismo tiempo se ruega á S. M. el emperador y rey, designe un príncipe de su familia, ó el que elija, para que reine en Portugal; pero que mientras no haya podido el emperador dar á conocer sus intenciones, tome S. E. el duque de Dalmacia las riendas del gobierno, represente al soberano, y se revista de todos los atributos de la autoridad suprema, para lo cual el pueblo promete y jura serle fiel, sostenerle y defenderle á costa de su vida y sus bienes contra todo el que se

grando hasta allí, desaparecía al aspecto ilusorio de una corona, hasta el extremo de manifestar los deseos mas imprudentes. Enfurecióse parte del ejército, sobre todo los oficiales ya viejos que con-

oponga, y aun contra los insurgentes de las demas provincias, hasta la completa sumision del reino.

«El mariscal ha acogido estas proposiciones, ha autorizado á los corregidores de los Comargues á que reunan cámaras, convocando á ellas los diputados de todas las órdenes, las corporaciones y la gente del campo, para formalizar el acta que debe estenderse, y que la firmen todos los ciudadanos. Me manda, pues, os participe estas disposiciones para que en el distrito de vuestro mando, favorezcáis su ejecucion, propagando en seguida su efecto por todos los puntos del reino á que podáis hacer llegar la noticia.

«No se oculta al señor mariscal que un suceso de tanta importancia causará asombro á muchos, y debe producir muy diversa impresion; pero cree que no debe pararse en estas consideraciones, porque es sobrado pura su alma para pensar le atribuyan ningun proyecto ambicioso. En todo cuanto hace no ve sino la gloria de las armas de S. M., el triunfo de la expedicion que se le ha confiado, y el bienestar de una nacion interesante, digna siempre de aprecio á pesar de sus estravíos. Profesa mucho cariño al ejército, y arde en deseos de presentarlo al emperador glorioso y triunfante, habiendo llenado el compromiso que S. M. mismo ha contraido de plantar el águila imperial en los fuertes de Lisboa, despues de una expedicion tan difícil como peligrosa, en que todos los dias ha habido necesidad de vencer.

«Tampoco se oculta á S. E. que desde Burgos ha tenido el ejército que sostener continuos combates; ha reflexionado sobre qué medios se adoptarían para evitar en lo sucesivo los males que acarrea semejante estado de guerra, y no ha encontrado ninguno mas á propósito que el que le ofrece la gran mayoría de habitantes de las po-

servaban en el fondo de su corazon los sentimientos de independencia innatos en el ejército del Rhin, que se batian por cumplir con su deber, pero que se sentian verdaderamente indignados al ver vertian su sangre en uno y otro extremo del mundo, para convertir en reyes á hombres ó débiles, ó ineptos, ó disolutos, y por lo general poco fieles á la Francia. Habia en el ejército de Portugal mas de un oficial que pensaba de este modo, sobresaliendo entre todos ellos el general Delaborde, el que habia dado con el modo de batir á los ingleses, y lo hizo de una manera tan brillante en el combate de Rolica. Era orgulloso,

blaciones principales del Miño, con tanta mayor razon, cuanto que abriga la esperanza de ver propagarse á las demas provincias este ejemplo, preservándose asi este hermoso reino de nuevas calamidades. Las intenciones de S. M. se realizarán, pues, mas pronto y con mayor gloria, y nuestra presencia en Portugal, que al principio fué motivo de espanto para los habitantes, será vista con gusto, al mismo tiempo que contribuirá á neutralizar los esfuerzos que los enemigos del emperador hacen en esta parte del continente.

«Inmensa es la tarea que el señor mariscal se impone en esta circunstancia, pero tiene valor para abarcarla, y hasta cree la desempeñará con buen éxito, si vos tenéis á bien ayudarle á ponerla en ejecucion. Desea que propagueis las ideas que acabo de comunicaros, y que protejáis de un modo particular á las autoridades y cualesquiera ciudadanos que acepten el nuevo sistema, poniendo á unos y á otros en la precision de pronunciarse y obrar para lo sucesivo consiguiente á ello. Cuidareis ahora mas que nunca de la conducta de vuestra tropa, impedireis que cometa ningun daño ó insulto que pueda irritar á los habitantes, y tendreis la bondad, señor ge-

entendido y valiente, y usó un lenguaje que cada cual repitió bien pronto á su alrededor. En fin, militares de carácter mas reservado, y que únicamente se ocupaban de mantener la disciplina, se afligieron al ver el efecto moral que iba á causar el ejemplo del general en jefe entre soldados y oficiales sobrado inclinados ya á emanciparse de todo yugo y siempre dispuestos á desquitarse por medio del desenfreno de lo que sufrían en lejanos países. Era darles la señal del desorden, y sobre todo dividir al ejército que, en la situación peligrosa en que se hallaba, necesitaba mas que nunca tener union, fuerza y buena conducta. Esos juiciosos militares se ocupaban tambien de como juzgaría el emperador á cuantos se prestasen poco ó mucho á actos tan extraños, que encerraban una censura involuntaria pero terminante de la política imperial.

El general Quesnel, comandante de Oporto, dirigió algunas observaciones al mariscal Soult (1),

general, de instruir á menudo á S. E. del espíritu de los habitantes y el resultado que hayais conseguido.

«Tengo el honor de rogaros admitais el homenaje de mi respeto y mi sincero afecto.

«El general jefe de estado mayor general,

RICARD.»

«Es copia que concuerda con su original, el cual queda en poder del general de division Quesnel.

«Paris, 11 de julio de 1809.

«El ministro de la Guerra,

CONDE DE HUNEBURGO.»

(1) Estos pormenores los refiere el ministro de la

quien las acogió mal, y le respondió con altanería que el conseguir la aprobacion del emperador era cosa suya, y no debían ocuparse de ello los oficiales que servían á sus órdenes.—La suerte que ha cabido á los lugartenientes del general Dupont prueba, le replicó el general Quesnel, que cuando es necesario sabe el emperador hacer responsables de las faltas del general en jefe no solo á éste sino á los que participan de ellas.

El ejército no tardó en dividirse en tres partidos: uno se componía de oficiales que sin mas motivo que el respeto con que miraban el cumplimiento de su deber y el ser fieles al emperador, no querían prestarse á una toma de posesion del poder real que él no habia aprobado; otro de oficiales, republicanos un tiempo, y que volvían á sus primitivas opiniones por los excesos de la política imperial; y otro, en fin, de algunos descontentos mas atrevidos, que no se cuidaban en manera alguna de si se desobedecía ó no al emperador, y que tampoco echaban mucho de menos la república, sino eran simplemente, sin conocerlo quizás, verdaderos realistas, considerando la república, el consulado y hasta el imperio, todo lo que habia sucedido en Francia en el espacio de veinte años, como una consecuencia de espantosas convulsiones, que debían ir á parar á un mal fin. En boca de algunos oficiales oíase lo mismo que decían los realistas rancios, y se citaba uno especialmente que hablaba en este sentido algunas veces, cual era el coronel del 47º de línea, muy

Guerra al emperador en una de sus cartas confidentiales.

conocido despues con el nombre del general Donadieu. Lo mas singular es que este partido poco numeroso, pero que empezaba á hacerse escuchar sordamente en el ejército, sobre todo en España, donde eran insufribles los padecimientos, y se conocia mas á las claras el fin por el que se arrojaban esos padecimientos, se componia no de antiguos realistas (casi ninguno de aquellos militares habia tenido tiempo de serlo), sino de antiguos republicanos del ejército del Rhin, disgustados de trabajar no por el engrandecimiento del pais, sino de una familia. La gloria habia ocultado momentáneamente el vacío o el egoismo de aquella política; pero con los primeros descalabros nacia la reflexion, y tras esta el disgusto.

Apenas estallaron estas disensiones, el lenguaje del ejército, tan imprudente como los actos que le provocaban, llegó á ser lo mas osado que podia darse, hablandose nada menos que de prender al general en jefe si proseguia los intentos que revelaba su circular, deponerle, y nombrar en su lugar al teniente general mas antiguo. Ya se comprenderá cuán peligroso no seria en medio de un pais enemigo, y teniendo al frente un ejército inglés mandado por un capitán inteligente, semejante relajacion de la disciplina. Bien pronto todo se resintió de semejante estado de cosas, y se hacia el servicio con una flojedad, un descuido, que produjeron consecuencias deplorables. Obligados aquellos soldados á entrar á viva fuerza en todos los parages habitados, y autorizados á ejercer en ellos el derecho que tiene la tropa sobre cualquiera poblacion tomada por asalto, se habian aficionado al pillage, y desgraciadamente muchos de

ellos estaban cargados de oro desde el saqueo de Oporto. Urgia hacerles variar de costumbre, pero no podia conseguirse en el estado de indisciplina en que se hallaba todo el ejército. Si se queria hacerles entrar en órden, quejábase de que se les sacrificaba en beneficio de una poblacion cuyos votos querian atraerse, y como los oficiales les habian dado ejemplo de estos dichos, no tenian bastante fuerza para reprimirlos. En poco tiempo, pues, hizo el desórden rápidos y funestos progresos, como no tardó en demostrar un incidente extraño que algunos meses despues llevó á un oficial á una muerte infamatoria.

En semejante situacion, no era facil pedir y obtener asiduidad en el cumplimiento de sus deberes, de suerte que los oficiales abandonaban muchas veces su puesto, sin que se tratase de inquirir qué les habia sucedido. Un oficial de caballeria, capitán del regimiento número 18 de dragones, muy entendido, muy valiente, y sobre todo muy revoltoso, se habia grangeado el favor de sus gefes por motivos buenos y malos, por su valor y por condescendencia, y pertenecia al número de los que decian abiertamente que el consulado, tan glorioso al principio, y convertido despues en imperio, no era sino el sacrificio de todos los intereses de la Francia á una ambicion desmesurada. Natural del Mediodia, pais realista, germinaron en él prematuramente los sentimientos que estallaron en 1815, cuando cansada Francia de treinta años de revoluciones, se arrojó en brazos de los Borbones. Dicho oficial habia frecuentado el trato de los coroneles y generales que se quejaban mas sin rebozo del comandante en jefe, y